PARTIR DE SI

María Milagros Rivera

Antoinette Fouque y el grupo *Psychanalyse et Politique* fueron las introductoras, a finales de los años sesenta, del concepto de la diferencia sexual, según María Milagros Rivera, quien destaca que ha sido Luce Irigaray, psicoanalista y lingüista francesa, la creadora de esta teoría con su libro *Speculum* publicado en 1974.

Por el carácter polémico que tiene dentro del feminismo contemporáneo la corriente de la diferencia, nos ha parecido pertinente reproducir el siguiente texto, en una edición condensada, de la parte dedicada a los aportes de las italianas adscritas a esta línea.

No existe un *feminismo de la diferencia*. Existe una práctica política y un pensamiento de la diferencia sexual femenina. Medio existe también, en vías de desarrollo, una práctica política y un pensamiento de la diferencia masculina. No existe un *feminismo de la diferencia* porque la práctica política de la diferencia femenina no tiene ni como objetivo ni como horizonte la reivindicación de derechos, de cuotas o de instancias de poder dentro del orden patriarcal; no pretende, en realidad, medirse con este orden, un medirse que es clave en el feminismo desde que el proyecto de igualdad entre los sexos quedó claramente definido en Europa durante el Humanismo y el Renacimiento.

La de-generación

La práctica política de la diferencia femenina no ha nacido, pues, en nuestro siglo XX para contrarrestar, completar o cuestionar el llamado *femenismo de la igualdad* (un concepto opuesto es desigualdad, no diferencia). Ha existido históricamente durante siglos: siempre ha habido en el orden socio-simbólico patriarcal mujeres que han buscado y han hallado un sentido de sí, en femenino, en la reflexión y en la escritura de su experiencia personal. Es decir, que han construido libremente ese sexo que -lo ha dicho Luce Irigaray- "no es uno" (*Ce sexe qui n'en est pas un*, París 1977, trad. Madrid 1982). Al hacerlo, se han separado del modelo de género femenino vigente y han actuado como de-generadas no en la crítica ni en la lucha contra el orden socio-simbólico patriarcal, sino en el *apartamiento* de este orden y en la búsqueda de otras mediaciones, no masculinas, para intentar estar en el mundo en femenino. Esta de-generación no ha consistido ni consiste en una reforma de los contenidos de lo femenino sino en un cambio radical de la naturaleza de la relación social entre los sexos.

¿Qué es la práctica de la diferencia femenina? Lia Cigarini, de la Librería de Mujeres de Milán, ha distinguido recientemente (*Liberta femminile e norma*, "Democrazia e Diritto" 2, 1993) tres maneras de entender esa práctica. Una sería la de las y los que sostienen que las mujeres son distintas de los hombres en los contenidos de su operar en el mundo; a este concepto de la práctica de la diferencia le llama Lia Cigarini "del orden de las cosas". Una segunda manera es la de las y los que opinan que la diferencia se inventa mediante estudios y pensamientos; define este modo de ver como "del orden del pensamiento". La tercera, que es la que esa jurista sustenta, consiste en "el sentido, el significado que se da al propio ser mujer. Y es, por tanto, del orden simbólico". Que algo sea del orden simbólico quiere decir que nace de una práctica política en la que se interroga el sentido del propio ser mujer (u hombre) desde el deseo personal de existir libremente en un mundo no neutro.

La diferencia sexual no es, pues, una variable más a añadir a una retahíla de otras variables *politically correct* de la jerga progresista contemporánea, variables como género, raza, etnia, clase social, posiciones en el sistema colonial, o *preferencia* erótica (hay poco sitio para las preferencias donde la heterosexualidad es obligatoria). Pero estas variables, que hablan de parcialidad, de

marginación difícilmente superable, son funcionales al orden patriarcal. Se trata más bien de pensar un no pensado, de decir un no dicho, de mirar el mundo entero y decirlo con palabras nacidas de una política que no cancele el cuerpo femenino.

Tampoco es un *concepto heterosexual* (Patricia White, *Female Spectator. Lesbian Specter*, en Diana Fuss, ed., Inside/Out, Nueva York 1991, 142) porque no se hace cómplice con la exclusión de la realidad de los *cuerpos que (no) importan* como los lesbianos o los *gays* (Judith Butler, *Bodies that Matter*, Nueva York 1993). No pretende, como he dicho, medirse con la heterorealidad, no pretende dialogar con un mundo en el que la libertad de los hombres viriles pasa por ser la libertad neutra universal. La diferencia sexual es una necesidad que mujeres y hombres convertimos, si así lo deseamos, en materia política.

UN CUERPO DE MUJER...

No garantiza un pensamiento de mujer. De estos tenemos tantos ejemplos. Y también muchas mujeres juntas pueden no garantizar pensamientos de mujer. Las mujeres pueden desaparecer en la más perfecta visibilidad. Lo sabemos bien. Un pensamiento de mujer puede nacer solamente de la conciencia de la necesidad de las otras mujeres. Este pensamiento es producto de relaciones. Si se alcanza a comprender esto, todo el resto es estrategia, también la pertenencia a un partido político. El pensamiento de la diferencia no admite dos fidelidades..."

Alessandra Bocchetti. "Para sí/para mí". *Sottosopra*. Italia, 1987.

Las filósofas de Diótima

Desde mediados de la década de 1980, hace teoría de la diferencia femenina el grupo filosófico *Diótima*, nacido en la Universidad de Verona en 1984. Las filósofas de *Diótima* reconocen su vínculo con Luce Irigaray en su primer libro colectivo, *Il pensiero della differenza sessuale* (Milán 1987), cuya contraportada recoge la conocida frase de aquélla: "La diferencia sexual representa uno de los problemas o el problema que nuestra época tiene que pensar" (*L' etique*, 13). La trayectoria intelectual de este grupo tiene, sin embargo, una personalidad bien definida. Sus miembras han explorado dimensiones nuevas de la práctica de la diferencia femenina en nuestro siglo y en otras épocas, han descubierto cómo la experiencia de las mujeres *hace mundo*, dándolo a luz cuando logra nombrar relaciones sociales sin recurrir a mediaciones masculinas (*Metere al mondo il mondo*, Milán 1990), y han, finalmente, entrevisto un cosmos ordenado según un principio materno en *Il cielo stellato dentro di noi. L'ordine simbolico della madre* (Milán 1992). "Con la imagen del cielo estrellado dentro de nosotras -han escrito esas autoras- se muestra que la medida del cosmos la encontramos en nosotras mismas porque el orden de la madre está tanto dentro como fuera de nosotras. Por este motivo, no se trata tanto de calcular la distancia entre las estrellas como de seguir una práctica de vida orientada".

El concepto del orden simbólico de la madre lo ha estudiado magistralmente Luisa Muraro en el libro titulado *L'ordine simbolico della madre* (Roma 1991), una obra que entrelaza, con arte exquisito, experiencia personal y teoría; teoría que esta filósofa ha definido precisamente como "las palabras que hacen ver lo que es".

La Librería de Milán

Desde 1966, en la Librería de Mujeres de Milán se hace día a día práctica política de la diferencia femenina. El itinerario de esa práctica y su traducción en teoría política han sido recogidos a lo largo de los años en las dos series de la revista *Via Dogana*, en los Sottosopra, en el libro colectivo *No creas tener derechos* (Madrid 1991). La segunda serie de *Via Dogana* nació en 1991 con el objetivo de "poner fin al dualismo según el cual la política de las mujeres sería una política al lado de otra, llamada masculina o neutra, y poner en el centro de la política la política de las mujeres" (Luisa Muraro, *La politica é la politica delle donne. Via Dogana*" 1, junio 1991, 2). Esta propuesta de intervención femenina libre en el mundo se apoya en un modo de relacionarse con la realidad que nació en los grupos de autoconciencia de los años sesenta y setenta: el partir de sí, el partir de lo que tenemos, que es principalmente la experiencia femenina personal.

El partir de sí distingue la política en primera persona, del feminismo de la emancipación. El partir de sí transforma la experiencia femenina personal -esa experiencia que está tan desprestigiada en el estructuralismo y en algunos autores postmodernos- en materia política y en lugar de libertad, en un lugar donde intentar ser. El feminismo de la emancipación propone, en cambio, hacer política mirando a donde se querría o se podría llegar, reivindicando para ello derechos que nos lleven a las mujeres más allá de la experiencia personal, liberándonos de ella como si fuera un estorbo. La política en primera persona no nos aboca, sin embargo, a un vivir en una realidad parcial, limitada por el sexo masculino: "Existe indudablemente la necesidad de compartir el mundo. Pero con todas las demás mujeres y con los hombres, o sea con toda la gente de carne y hueso, empezando por la más cercana. No tengo que dividir el mundo con el otro sexo en cuanto tal, del mismo modo que lo que me falta no es el ser hombre" (*La política*, 3).

En la política en primera persona es clave el recurso a la mediación de otra mujer o de otras mujeres. La mediación de otra mujer, de una mujer a la que reconozco autoridad, me permite realizar mi deseo, me lleva a significarme, abre a la libertad femenina caminos que modifican las relaciones de poder existentes en la sociedad. En los espacios de mujeres adquiere vida y sentido la mediación que me hace posible relacionarme con el mundo entero. La mediación primera y necesaria que desbloquea la mente de una mujer y le permite intervenir en la realidad es la relación con la madre, con la madre individual y concreta, la que nos ha dado la vida y nos ha enseñado a hablar, garantizando la concordancia entre las palabras y las cosas.

Las figuras

De la práctica de la diferencia femenina y de su teorización han nacido figuras como el *affidamento* (confianza), la genealogía femenina y la autoridad femenina. Estas figuras, formuladas todas en positivo, no son códigos porque no dependen de reglas ni de normas establecidas que las regulen.

Luce Irigaray, entre otras, ha dado vida y contenidos históricos y filósoficos a la genealogía de mujeres, genealogía que da sentido y placer a nuestro estar en el mundo. Un estar en el mundo que esta pensadora ha imaginado sin madre, rodeadas de representaciones de mujeres que siempre

tienen al hijo en brazos, porque en el origen de nuestra sociedad no se situaría el parricidio edípico del que habla Freud, sino el matricidio que sugiere la *Orestíada*. "Pienso que también es necesario -ha dicho Irigaray- para no ser cómplices del asesinato de la madre, que afirmemos la existencia de una genealogía de mujeres. Una genealogía de mujeres dentro de nuestra familia, después de todo, tenemos una madre, una abuela, una bisabuela, hijas. Olvidamos demasiado esta genealogía puesto que estamos exiliadas (si se me permite decirlo así) en la familia del padre-marido" (*El cuerpo a cuerpo con la madre*, trad. Barcelona 1985).

En la Librería de Mujeres de Milán y en la comunidad filósofica *Diótima* han sido practicadas y pensadas las figuras del *affidamento* y de la autoridad femenina. El *affidamento* es una relación política privilegiada y vinculante entre dos mujeres. Dos mujeres que no se definen como iguales en términos de sororidad sino como diversas y dispares. No consiste en un pacto de amor ni tampoco de magisterio jerárquico; aunque puede darse entre una joven y una vieja, ha sido practicada y pensada como una relación entre adultas. La relación de *affidamento* se establece para, mediante ella, dar vida al deseo personal de existencia y de intervención en el mundo. A la mujer con quien entro en relación de *affidamento* le reconozco autoridad femenina. Deposito en ella confianza para crecer (*augere*) y para reconocer, sin entrar en el juego de la identificación ni tampoco en el de la rebelión, cuáles son la medida y los límites de mi deseo de existir y mis posibilidades de liberarlo en la sociedad.

El reconocimiento de autoridad femenina debe saber convivir con la práctica de la disparidad: si la autoridad femenina funciona demasiado bien, puede plantear el peligro de cancelar las diferencias entre mujeres que reconocen esa autoridad, aplastando así su deseo de existir y mis posibilidades de liberarlo en la sociedad.

Fuente:

Dossier "Feminismo entre la igualdad y la diferencia". *El Viejo Topo* Nº 43. Barcelona, 1994.

María Milagros Rivera, historiadora española.

Condensado y editado por *Perspectivas*.

¿QUE ES...?

El Feminismo Cultural

El término fue otorgado por la feminista Alice Echols, para designar a una fracción del feminismo radical de Estados Unidos. "La denominación de cultural, explica la estudiosa cubana Gabriela Castellanos, se debe a que equipara la liberación femenina con la preservación de una cultura de mujeres, la cual aparece como alternativa a la dominante, saturada de posiciones sexistas. Esta alternativa valora las costumbres de la mujer, su manera de relacionarse, los aspectos típicos de su personalidad. De acuerdo con esta tendencia, las feministas tienen el derecho exclusivo de describir y evaluar a la mujer. Aunque la cultura machista la desprecia, la mujer puede demostrar que sus cualidades son positivas. Lo que debe hacerse, según esta corriente de pensamiento, es reivindicar los atributos femeninos subvalorados por nuestra cultura, pues son esos atributos los que pueden salvar a una civilización en bancarrota". Dos notables exponentes de esta posición son Mary Daly (*Gin/Ecología*) y Adrienne Rich (*Nacida de Mujer*).

Fuente:

Castellanos, Gabriela. "¿Existe la mujer? Género, Lenguaje y Cultura". Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino. Comp. Luz Gabriela Arango, Magdalena León,Mara Viveros. Editores: Ediciones Uniandes. U.N. Facultad de Ciencias Humanas y Programa de Estudios de Género. Bogotá, Colombia. 1995.